SUPLEMENTO DE VIAJES Y TURISMO DE PAGINA/12
TURISMO/12
DOMINGO 30 DE AGOSTO DE 1998



MAR CARIBE
Islas Vírgenes

LECTURAS
Hoteles literarios



Saudades da terra

Puerto de pescadores y balneario de reyes, la costa de Cascais cerca de Lisboa fue en el pasado la primera tierra que los navegantes veían al regresar a Portugal, la ansiada tierra natal después de sus aventuras por los mares del mundo

TRES ISLAS NORTEAMERICANAS Y CARIBEÑAS:

Vírgenes entre el mar

Por Alejo Schatzky

De las 1600 islas que integran las Vírgenes del Caribe, sólo tres son norteamericanas. Pertenecieron a España, a Gran Bretaña y a Dinamarca hasta que en 1917 Estados Unidos las compró por 25 millones de dólares. La más visitada es St. Thomas: 44 playas, palmeras y plácidos veleros frente a sus costas.

En una página amarillenta de enciclopedia puede leerse la siguiente definición de Caribe: "Mar de América Central, adyacente del Atlántico, también llamado Mar de las Antillas. Baña las islas de este nombre, las costas centroamericanas y las septentrionales de Colombia y Venezuela".

La palabra que le sigue es Caribes, y dice así: "Pueblo indio procedente de la cuenca del Orinoco, que ocupaba en el siglo XV las Antillas Menores, la costa del mar de las Antillas y las Guayanas. Temibles guerreros, lucharon contra los arawakos".

En el momento de decidir unas vacaciones estas definiciones carecen de sentido y parecen ser reemplazadas por otras del estilo: "Lugar hermoso donde el agua es transparente, el sol broncea parejito, la arena no se calienta nunca y no existen las preocupaciones".

No importa qué tan cierta es esta definición (tampoco sabemos si los indios caribes eran tan temibles y tan guerreros): la gente necesita edificar y sostener mitos para vivir. Y pensándolo bien, el Caribe verdadero no se aleja mucho de aquel otro mitológico; las aguas, las arenas y el sol se esfuerzan por agradar y las preocupaciones tal vez existan pero pueden ser olvidadas.

Saint Thomas

De todas esas islas que reciben las generosas aguas del mar en cuestión, Saint Thomas es una que merece una visita. Junto con Saint John y Saint Croix, esta isla de 50 kilómetros cuadrados y una población de algo más de 50.000 personas conforma las llamadas Islas Vírgenes Norteamericanas.

La costa sur de la isla está bañada por las aguas del mar Caribe mientras que el norte recibe las del Océano Atlántico. Esto hace que el color del mar en uno y otro sector sea completamente diferente (un turquesa cristalino en el sur, un azul profundo en el norte).

De las 44 playas de la isla, Magens Bay, en el norte, está considerada una de las diez playas más hermosas del mundo por varias guías de esas que se encargan de desmentir el dicho de que sobre gustos no hay nada escrito. Aguas cálidas y calmas, palmeras por doquier y veleros anclados a pocos metros de la costa configuran el paisaje de la más bella y por lo tanto más concurrida extensión de arena de la isla. Quienes buscan sitios más solitarios se dirigen a las playas del Noroeste, de difícil acceso o van navegando hasta uno de los muchos islotes de los alrededores.

En Saint Thomas se practican todo tipo de deportes náuticos, especialmente la navegación. Veleros, cruceros, catamaranes y trimaranes con tripulación o sin ella se alquilan por los precios más diversos. Otra actividad muy importante en la isla es el buceo. Los principiantes o los que gustan del buceo sin tubos prefieren las playas de Coki Bay, Stevens Cay y Cow and Calf; los buzos experimentados se sumergen en los túneles de Thatch Cay y los pasadizos de lava de Congo Cay.

La pesca deportiva ocupa un lugar destacado dentro de las actividades de Saint Thomas. En los últimos años se obtuvieron más de veinte records mundiales de pesca, entre los cuales el pez espada, el atún y el marlín blanco ocupaban los puestos principales. Enero y febrero son los meses del pez espada y el atún de aleta negra, mientras que en agosto se lleva a cabo el "Torneo Abierto de Marlín Azul de las Islas Vírgenes".

La isla fue descubierta por Colón en su segundo viaje a América y pasó a ser dominio de la Colonia española hasta 1672, año en que la ocuparon los daneses. Durante las guerras napoleónicas la isla estuvo ocupada por los ingleses pero luego fue recuperada por los daneses. Fue recién en 1917 cuando los norteamericanos, temerosos de posibles bases enemigas cerca del canal de Panamá, decidieron comprar St. Thomas, St. John y St. Croix al gobierno dinamarqués por la suma de 25 millones de dólares. De tantas idas y venidas se conservan hoy una capital con nombre danés, la circulación por la izquierda y el inglés como idioma oficial.

En Charlotte Amalie, su ciudad capital, edificios antiguos y modernos se alternan sin ningún orden ni propósito. Aún se conservan verdaderas joyas de la época de la Colonia como el Fuerte Christian –construido entre 1666 y 1680 por los daneses–, que hoy funciona como museo. Del siglo XIX pueden apreciarse, inalteradas, construcciones como el Grand Hotel, de 1841, la Iglesia Luterana de 1826, la Sinagoga de 1833 y la Casa de Gobierno de 1867.

El resto del centro se compone de restaurantes, hoteles y comercios que venden artículos libres de impuestos. Uno de ellos, el Tropicana Perfume Shop, ocupa la casa en la que en 1830 nació Camille Pissarro, uno de los padres del impresionismo francés. Hijo de españoles –su verdadero nombre era Jacobo Pizarro– vivió allí hasta que se trasladó a París.

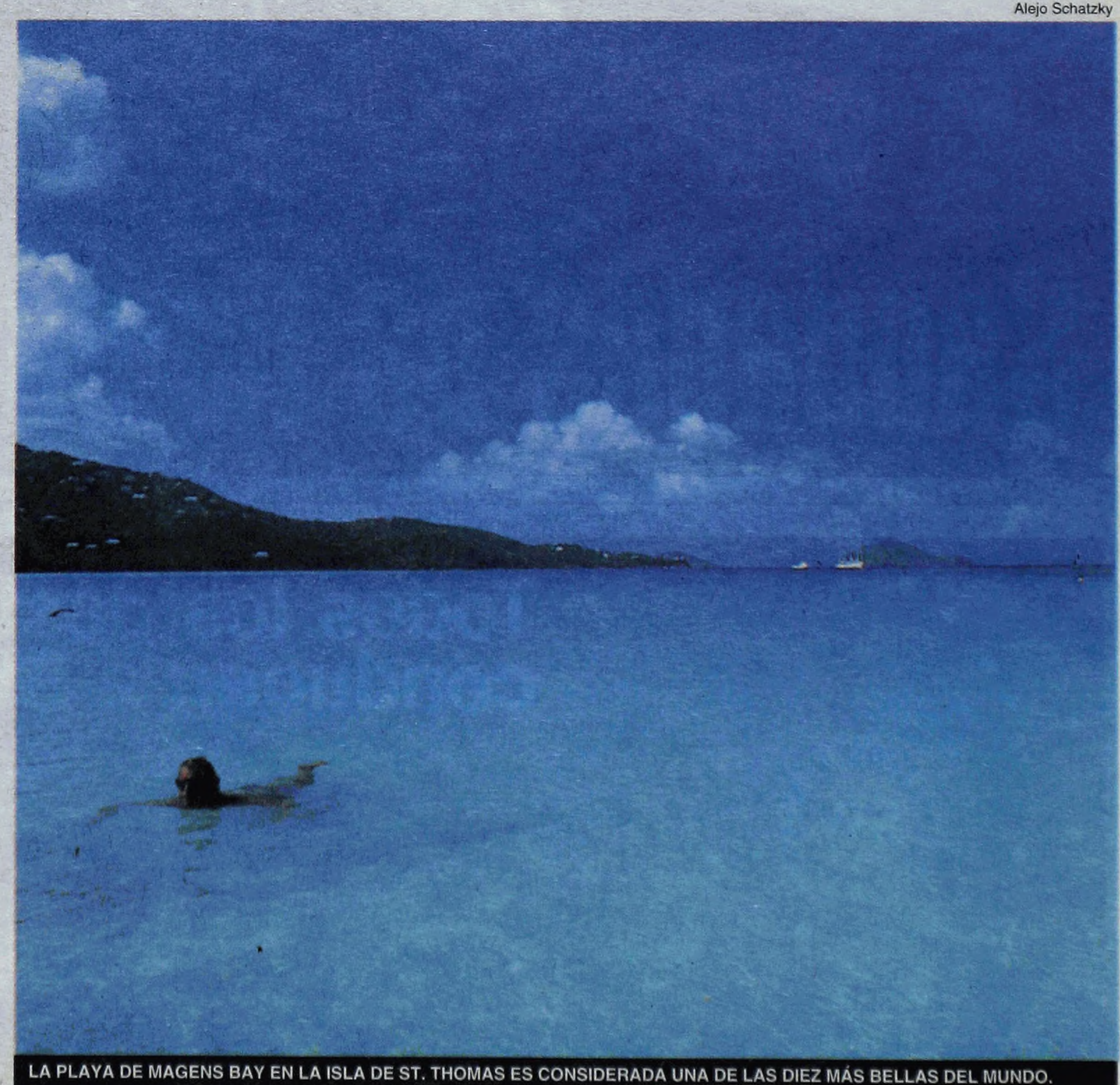
A la hora de cenar, la oferta gastronómica de Saint Thomas es inagotable. Restaurantes desperdigados por toda la isla sirven comida creole, italiana, griega y cualquier otra cosa imaginable. Más tarde, bandas de jazz, rock y reggae se juntan a tocar en los bares del centro y en los hoteles, y el día termina sin apuro.

Saint John

A sólo 5 kilómetros de Saint

Alejo Schatzky

ATARDECER EN LAS ISLAS VÍRGENES. MAR CALMO Y SUAVES BRISAS.



Alejo Schatzky

LA PLAYA DE MAGENS BAY EN LA ISLA DE ST. THOMAS ES CONSIDERADA UNA DE LAS DIEZ MÁS BELLAS DEL MUNDO.

SAINT THOMAS, SAINT JOHN Y SAINT CROIX

Caribe y el Atlántico

Alejo Schatzky



REDES DE PESCADORES CUELGAN DE LOS ÁRBOLES EN LAS PLAYAS DE ST. THOMAS, UN LUGAR IDEAL PARA LA PESCA DEPORTIVA.

Precios y servicios

Cómo llegar: Volar a Saint Thomas por American Airlines cuesta $ 925 de domingo a jueves y $ 1089 el resto de los días. El viaje en ferry a la isla de Saint John cuesta $ 5.

Dónde dormir: Dormir una noche en un hotel bueno, como el Dorotea Doubletree Sapphir en Saint Thomas cuesta $ 220 (la habitación doble) con desayuno continental. Incluye el uso de las canchas de tenis, veleros, equipos de snorkel, etcétera. En Saint John el mismo servicio cuesta $ 250 (Hotel Cancel Bay). Otra opción son los condominios, que están equipados con cocina. ($ 60 - $ 100 por persona).

Alquiler de autos: En St. Thomas: $ 44 por día. En St. John: $ 60 (precios de un automóvil económico).

Alquiler de yates: Con tripulación y comidas: $ 2900 (dos personas, por semana).

Buceo: Alquilar un equipo de snorkel cuesta $ 6. Los tubos de oxígeno se consiguen desde $ 40.

Pesca deportiva: Se organizan salidas desde $ 65 por día por persona.

Comida: Una cena para dos personas, con bebida, en un restaurante barato cuesta $ 40. En uno caro desde $ 80.

Bebida: El trago tradicional de las islas Vírgenes es el Banana Daiquiri (a base de ron y banana, cuesta $ 3).

Thomas se encuentra Saint John, una verdadera rareza caribeña. A diferencia de otras islas, donde las actividades se desarrollan en el agua, aquí hay gran cantidad de sendas perfectamente señalizadas y mantenidas que se internan en la selva y desembocan en playas desiertas, habitadas apenas por mangostas, unos simpáticos mamíferos de no más de 50 centímetros de tamaño que, aunque asustadizos, siempre están al acecho de que los turistas les den algo de comer.

La cantidad de días que se destinen a Saint John depende del tipo de viaje que se quiera hacer. Como la vida nocturna de la isla es casi nula y su importancia comercial pequeña, muchos turistas la visitan sólo por el día, regresando a la tarde o a la noche a St. Thomas (esto es posible por la corta distancia entre las islas y por un excelente servicio de transporte marítimo que ofrece un ferry cada media hora). Sin embargo, St. John es la más bella de las Islas Vírgenes Norteamericanas, o al menos la más agreste. De los 35 kilómetros cuadrados que ocupa en el mundo, el 60 por ciento es Parque Nacional. En las playas de Maho Bay y Cinnamon Bay hay sitios para acampar y en Trunk Bay hay un sendero de interpretación subacuático en el que grandes placas de piedra sumergidas describen las especies de peces y corales de la zona.

Para aquellos que van por el día se recomienda contratar un tour en el puerto. Los mejores son los que realizan los conductores isleños en sus taxis-colectivos, que no son otra cosa que grandes pick ups con cinco o seis filas de asientos. La mayoría de las excursiones visitan las playas tradicionales y las antiguas plantaciones de caña de azúcar de Annaberg.

Para los que se quedan más tiempo la mejor opción es alquilar un auto. Saint John tiene solamente tres rutas que atraviesan las montañas desde lo alto de las cuales se pueden observar algunas de las 1600 islas que integran las Vírgenes. Los hoteles, restaurantes, tiendas y bares se encuentran en los dos únicos centros urbanos de la isla: la "ciudad" de Cruz Bay, en el oeste, y el pueblo de Coral Cay, en el este. La distancia entre ambos sitios es de sólo diez kilómetros, pero el camino que los une es tan sinuoso y empinado que el viaje en vehículo puede demorar hasta una hora.

Luego de un día de playa o excursiones nada mejor que tomarse un riquísimo capuchino acompañado de un danish pastry en alguno de los cafés de Wahrfside Villagem, disfrutando de la suave brisa que viene del mar cuando cae la tarde.

PORTUGAL: HISTORIAS DE NAVEGANTES Y MONARCAS EN UN PUERTO DE PESC

Costa de Cascais, el balneari

Por Graciela Cutuli

En el siglo pasado, las playas de Cascais fueron elegidas por la nobleza de Portugal como destino predilecto para sus baños y vacaciones. Duques y condes construyeron magníficos palacios junto al mar en estas costas cuyos acantilados ocultan hermosas playas y un pequeño puerto de pescadores donde se conserva toda la tradición marítima portuguesa. En las épocas del imperio lusitano de ultramar, Cascais era la primera tierra que los navegantes veían al regresar a Portugal después de sus aventuras oceánicas.

Cascais ingresó en el mundo de las playas de moda europeas a fines de siglo pasado, cuando su costa fue elegida por la elegante clase alta portuguesa como destino predilecto para sus baños y vacaciones. En pocos años, el otrora pequeño y humilde pueblo de pescadores, defendido de los ataques extraños por diversas construcciones militares, vio cómo nacían numerosos chalets y casas refinadas que albergaban durante los fines de semana a la monarquía portuguesa y su inseparable corte.

Con el paso de los años, se instaló una línea férrea que llegaba a Cascais como terminal de un recorrido que arranca en Cais do Sodre, entre los docks lisboetas. Hoy día, la estación de Cascais tiene todavía ese aspecto alegre que hace pensar en las fastuosas épocas ya pasadas. Al bajar del tren, los pasajeros son recibidos por paredes floridas con macetas pintadas, y por los típicos azulejos portugueses que se imponen en la decoración de las casas más antiguas. El interior de la estación no es tan colorido ni tan floreciente –de hecho, los propios portugueses no dudan en afirmar que toda la localidad necesitaría un buen trabajo de recuperación en algunos sectores–, pero los mármoles y las antiguas boleterías permiten entrever el esplendor pasado. Hoy Cascais, a escasos kilómetros de la aglomeración lisboeta y vecina de las ciudades de Sintra y Estoril, es un balneario más popular pero no menos encantador que antes, invadido durante el verano por turistas de Europa del norte. Se llega tan rápidamente desde Lisboa que se convierte casi en un paseo obligado desde la capital portuguesa: y sin embargo, Cascais se gana ese paseo por méritos propios.

Recuerdos de reyes

Bajo el reinado de don Pedro I, Cascais tuvo el honor de convertirse en una villa autónoma respecto de Sintra, a la que pertenecía hasta entonces. Pero ello no la salvaría de una historia agitada: primero fueron las ambiciones españolas durante el siglo XVI y, más tarde, el 1º de noviembre de 1755, un terremoto (seguido por un maremoto) que provocó ingentes daños y dejó una huella indeleble en la ciudad. Cientos de personas muertas y miles de construcciones arrasadas –casas, iglesias, conventos– marcaron el comienzo de la decadencia de Cascais, una decadencia que no se detendría hasta su renacimiento turístico de mediados del siglo pasado. La renovación llevó el sello de don Pedro V, que en 1859 manda construir el camino entre Cascais, Oeiras y Sintra, extendiendo también hasta este puerto la línea telegráfica. Poco después se trazarían las líneas férreas, comienzo de la renacida prosperidad de Cascais. Otra fecha clave es 1873, cuando el duque de Palmela comienza a construir su palacio sobre el océano, el primero de una serie de importantes residencias, como el palacio de los condes Castro Guimaraes. Las fotos que se conservan de aquella época ya dejan entrever algo del Cascais de hoy, con su espléndida ubicación sobre la bahía y las construcciones señoriales de la nobleza. La red ferroviaria seguiría extendiéndose, y no tardaría en llegar la luz eléctrica: voluntad de reyes sin duda para su destino de vacaciones preferido, en esos años previos a la Primera Guerra Mundial y a las drásticas transformaciones del siglo XX.

El llamado "período dorado" de Cascais termina a principios de siglo, junto con la monarquía portuguesa, aunque el nuevo gobierno republicano proclamara su voluntad de mantener el desarrollo turístico de Cascais. Era tiempo de esperar el segundo renacimiento de Cascais, que llegó finalmente en los años 40, cuando se abrió un nuevo camino entre Lisboa y el puerto, comenzaron a construirse nuevos barrios y a levantarse modernos hoteles. La forma con que se conoce hoy a Cascais data, finalmente, de los años 60, cuando Europa entera se renovó turísticamente y Cascais en particular reorganizó toda la zona baja y dio pie a la construcción de los hoteles Baía y Estoril Sol. Además, a su halo turístico Cascais añadió otro: el de haberse convertido en tierra de recepción para quienes escapaban de las guerras europeas y en tierra prometida para los refugiados que en los años 70 empezaron a llegar de las ex colonias portuguesas. La fama de tolerancia, afabilidad y cosmopolitismo así ganada se respira todavía hoy en esta localidad que vive al ritmo del sol y de la playa, pero que sabe guardar las antiguas tradiciones de los pescadores en sus barcos, sus calles y los cantares de la amable gente de Portugal.

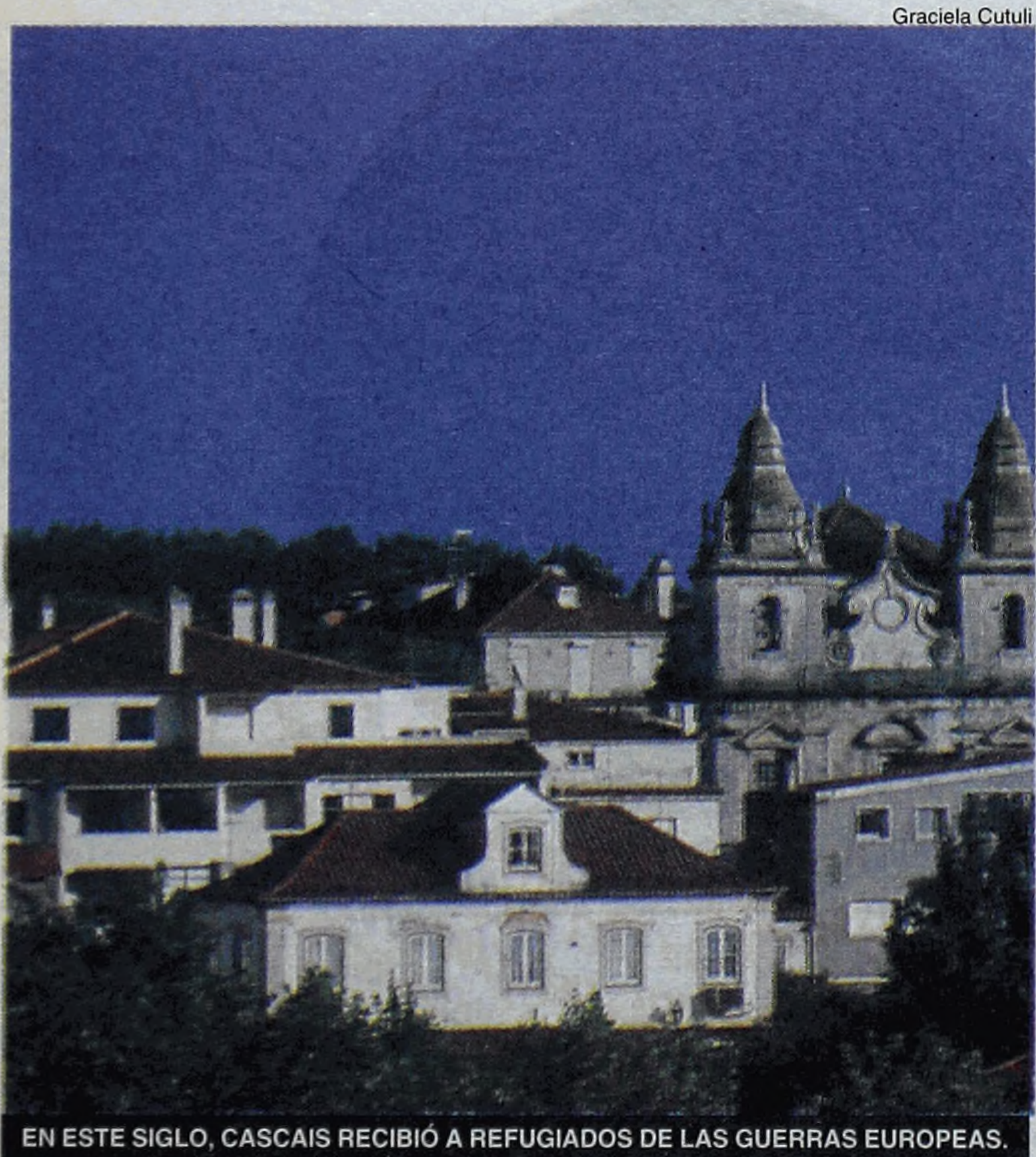
> **En 1873, el duque de Palmela comenzó a construir su palacio sobre el océano, el primero de una serie de importantes residencias, como el palacio de los condes Castro Guimaraes.**

Visita a Cascais

¿Cómo acercarse al alma de Cascais? Una buena manera puede ser acudiendo a la feria y mercado que todos los miércoles y sábados por la mañana tiene lugar en el centro de la ciudad. Todo lo que se pueda desear para comprar y sobre todo para curiosear se da cita aquí: el ambiente es alegre, ruidoso, colorido, matizado por un portugués que sólo un oído bien entrenado puede entender, aunque la similitud con el castellano permite entender prácticamente todo lo que se lee aquí y allá en las calles y en los puestos de la feria. Por eso, más vale confiar en los ojos que en el oído... y lo mismo sucede cada noche, cuando llega el pescado fresco y se lo vende rápidamente a un público bien acostumbrado a regatear. Una costumbre que bien vale la pena conocer y disfrutar, llena de sabor y color local. Escenas co-

ACANTILADOS Y PLAYAS DE CASCAIS. UN LUGAR DONDE LA MONARQUÍA PORTUG

Graciela Cutuli




EN ESTE SIGLO, CASCAIS RECIBIÓ A REFUGIADOS DE LAS GUERRAS EUROPEAS.

PORTUGAL: HISTORIAS DE NAVEGANTES Y MONARCAS EN UN PUERTO DE PESCADORES CERCA DE LISBOA

Costa de Cascais, el balneario de los reyes

Por Graciela Cutuli

En el siglo pasado, las playas de Cascais fueron elegidas por la nobleza de Portugal como destino predilecto para sus baños y vacaciones. Duques y condes construyeron magníficos palacios junto al mar en estas costas cuyos acantilados ocultan hermosas playas y un pequeño puerto de pescadores donde se conserva toda la tradición marítima portuguesa. En las épocas del imperio lusitano de ultramar, Cascais era la primera tierra que los navegantes veían al regresar a Portugal después de sus aventuras oceánicas.

Cascais ingresó en el mundo de las playas de moda europeas a fines de siglo pasado, cuando su costa fue elegida por la elegante clase alta portuguesa como destino predilecto para sus baños y vacaciones. En pocos años, el otrora pequeño y humilde pueblo de pescadores, defendido de los ataques extraños por diversas construcciones militares, vio cómo nacían numerosos chalets y casas refinadas que albergaban durante los fines de semana a la monarquía portuguesa y su inseparable corte.

Con el paso de los años, se instaló una línea férrea que llegaba a Cascais como terminal de un recorrido que arranca en Cais do Sodre, entre los docks lisboetas. Hoy día, la estación de Cascais tiene todavía ese aspecto alegre que hace pensar en las fastuosas épocas ya pasadas. Al bajar del tren, los pasajeros son recibidos por paredes floridas con macetas pintadas, y por los típicos azulejos portugueses que se imponen en la decoración de las casas más antiguas. El interior de la estación no es tan colorido ni tan floreciente –de hecho, los propios portugueses no dudan en afirmar que toda la localidad necesitaría un buen trabajo de recuperación en algunos sectores–, pero los mármoles y las antiguas boleterías permiten entrever el esplendor pasado. Hoy Cascais, a escasos kilómetros de la aglomeración lisboeta y vecina de las ciudades de Sintra y Estoril, es un balneario más popular pero no menos encantador que antes, invadido durante el verano por turistas de Europa del norte. Se llega tan rápidamente desde Lisboa que se convierte casi en un paseo obligado desde la capital portuguesa: y sin embargo, Cascais se gana ese paseo por méritos propios.

Recuerdos de reyes

Bajo el reinado de don Pedro I, Cascais tuvo el honor de convertirse en una villa autónoma respecto de Sintra, a la que pertenecía hasta entonces. Pero ello no la salvaría de una historia agitada: primero fueron las ambiciones españolas durante el siglo XVI y, más tarde, el 1º de noviembre de 1755, un terremoto (seguido por un maremoto) que provocó ingentes daños y dejó una huella indeleble en la ciudad. Cientos de personas muertas y miles de construcciones arrasadas –casas, iglesias, conventos– marcaron el comienzo de la decadencia de Cascais, una decadencia que no se detendría hasta su renacimiento turístico de mediados del siglo pasado. La renovación llevó el sello de don Pedro V, que en 1859 manda construir el camino entre Cascais, Oeiras y Sintra, extendiendo también hasta este puerto la línea telegráfica. Poco después se trazarían las líneas férreas, comienzo de la renacida prosperidad de Cascais. Otra fecha clave es 1873, cuando el duque de Palmela comienza a construir su palacio sobre el océano, el primero de una serie de importantes residencias, como el palacio de los condes Castro Guimaraes. Las fotos que se conservan de aquella época ya dejan entrever algo del Cascais de hoy, con su espléndida ubicación sobre la bahía y las construcciones señoriales de la nobleza. La red ferroviaria seguiría extendiéndose, y no tardaría en llegar la luz eléctrica: voluntad de reyes sin duda para su destino de vacaciones preferido, en esos años previos a la Primera Guerra Mundial y a las drásticas transformaciones del siglo XX.

El llamado "período dorado" de Cascais termina a principios de siglo, junto con la monarquía portuguesa, aunque el nuevo gobierno republicano proclamara su voluntad de mantener el desarrollo turístico de Cascais. Era tiempo de esperar el segundo renacimiento de Cascais, que llegó finalmente en los años 40, cuando se abrió un nuevo camino entre Lisboa y el puerto, comenzaron a construirse nuevos barrios y a levantarse modernos hoteles. La forma con que se conoce hoy a Cascais data, finalmente, de los años 60, cuando Europa entera se renovó turísticamente y Cascais en particular reorganizó toda la zona baja y dio pie a la construcción de los hoteles Baía y Estoril Sol. Además, a su halo turístico Cascais añadió otro: el de haberse convertido en tierra de recepción para quienes escapaban de las guerras europeas y en tierra prometida para los refugiados que en los años 70 empezaron a llegar de las ex colonias portuguesas. La fama de tolerancia, afabilidad y cosmopolitismo así ganada se respira todavía hoy en esta localidad que vive al ritmo del sol y de la playa, pero que sabe guardar las antiguas tradiciones de los pescadores en sus barcos, sus calles y los cantares de la amable gente de Portugal.

> ***En 1873, el duque de Palmela comenzó a construir su palacio sobre el océano, el primero de una serie de importantes residencias, como el palacio de los condes Castro Guimaraes.***

Visita a Cascais

¿Cómo acercarse al alma de Cascais? Una buena manera puede ser acudiendo a la feria y mercado que todos los miércoles y sábados por la mañana tiene lugar en el centro de la ciudad. Todo lo que se pueda desear para comprar y sobre todo para curiosear se da cita aquí: el ambiente es alegre, ruidoso, colorido, matizado por un portugués que sólo un oído bien entrenado puede entender, aunque la similitud con el castellano permite entender prácticamente todo lo que se lee aquí y allá en las calles y en los puestos de la feria. Por eso, más vale confiar en los ojos que en el oído... y lo mismo sucede cada noche, cuando llega el pescado fresco y se lo vende rápidamente a un público bien acostumbrado a regatear. Una costumbre que bien vale la pena conocer y disfrutar, llena de sabor y color local. Escenas cotidianas que hacen casi olvidar que Cascais fue en el pasado la primera tierra que los navegantes veían al regresar a Portugal, la ansiada tierra natal después de sus aventuras y desventuras en los mares. Pero también era la última tierra que veían cuando partían rumbo a los misterios de Africa y Brasil... Esta situación estratégica convirtió a Cascais en una de las primeras localidades portuguesas que tuvo un faro (ubicado donde hoy está el faro da Guia). Muchos de los recuerdos de este pasado marítimo se pueden apreciar hoy en el Museo del Mar, que cuenta la tradición navegante y pesquera de la comunidad local, pero a la vez apunta a la preservación y el estudio de un patrimonio regional muy amplio e importante. El Museo tiene cuatro sectores: Historia (ictiología, ornitología, paleontología y otras salas), Etnología (donde se puede aprender cómo se vestían los pescadores portugueses, además de admirar modelos de barcos), Arqueología Subacuática y la Historia de los Naufragios Marítimos (una especialidad para los buscadores de tesoros, ya que aquí se habla de los tesoros recuperados en la costa de Cascais, pero también en el estuario del Tajo).

El otro lugar símbolo de Cascais es la Ciudadela, que aunque sigue siendo usada para fines militares –ya que tiene una ubicación inmejorable frente al mar– tiene también hermosos jardines abiertos al público, donde se exhibe una pequeña colección de artillería.

Uno de los momentos más agradables es justamente el paseo que bordea la costa desde esta Ciudadela, con su austera masa que vigila las aguas, hacia el este, rumbo a la costa del centro de la ciudad. Los acantilados sobre los que fue levantada la Ciudadela están a una altura tal que ofrecen una vista general de toda la costa –conocida como "Costa de Oro" o "Costa de Estoril"– hacia Estoril y los confines de Lisboa. El punto máximo de curvatura de esta línea costera se da precisamente en Cascais.

El paseo sigue escaleras abajo hacia el "puerto": en realidad, una playa de arena lo suficiente grande –entre todas las playas de arena que se esconden entre los acantilados– como para poder albergar a todas las lanchas de pesca de la ciudad. Como en los siglos pasados, al regresar de pesca en el estuario o en el mar abierto, las lanchas son arrastradas hacia la playa por el propio pescador, ayudado por un par de colegas. Pero siempre quedan sobre la arena algunos barcos que ya volvieron o no salieron de pesca: bajo los rayos del sol, sus coloridos motivos y sus imaginativos nombres son una de las mejores fotos que se puede conservar de la ciudad. Sobre el paseo y la plaza que hace de muelle, bordeando la playa, se amontonan redes y equipos de pesca de altura. Hay que abrirse camino entre el laberinto que forman estos aparejos para seguir caminando a lo largo de la costa y no perderse sobre el diseño caprichoso que forman los acantilados frente al mar. Pero vale bien la pena, porque de vez en cuando aparece, escondida entre rocas coronada de casas antiguas, algunaplayita escondida, a la que se llega por pequeñas escaleras que flanquean las escarpadas rocas. También aparecen de vez en cuando algunas plazoletas que dominan el mar, y donde no faltan mesas instaladas por algún café vecino. Mejor que en las plazas del centro de la ciudad, frente al puerto se puede tomar el pulso del Cascais alejado de las multitudes, que se quedan muchas veces regateando souvenirs sobre el muelle, o en los negocios de la calle peatonal del centro. Allí, frente al mar, a la sombra de antiguas casas, mientras la vista se pierde en el horizonte hacia Lisboa, se entiende bien por qué Cascais fue una playa de reyes.

Graciela Cutuli

ACANTILADOS Y PLAYAS DE CASCAIS. UN LUGAR DONDE LA MONARQUÍA PORTUGUESA Y SU CORTE PASABAN LOS FINES DE SEMANA.

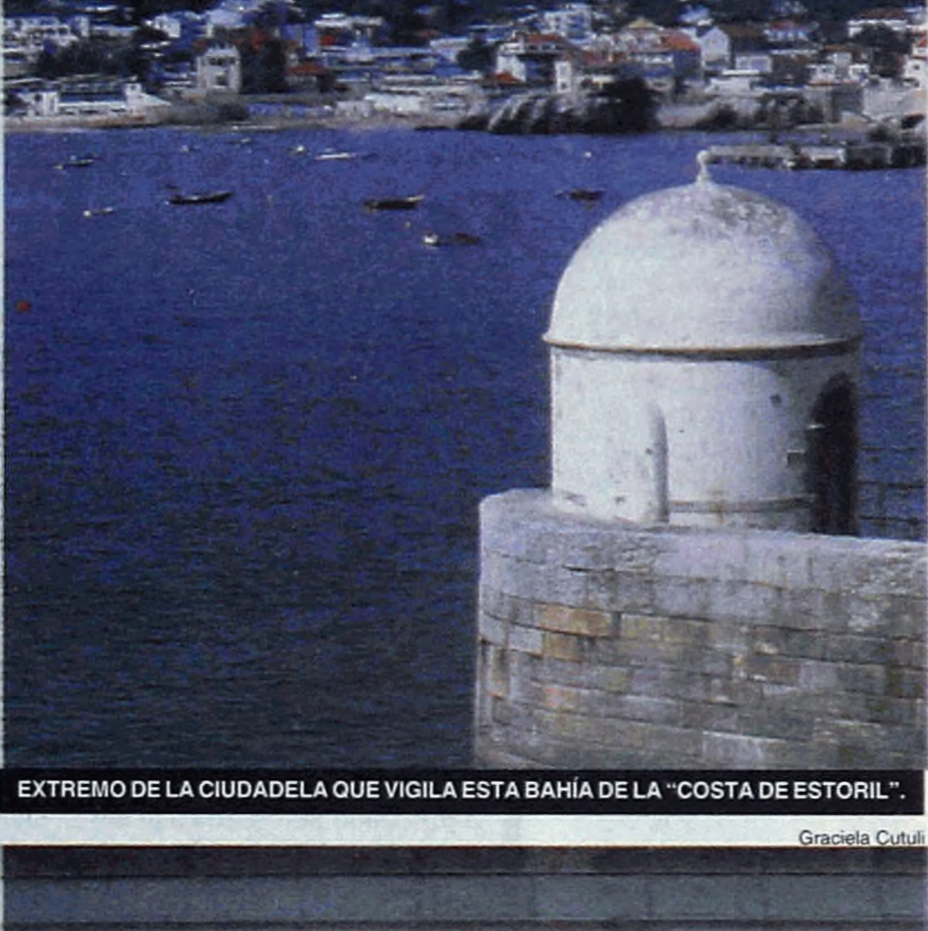
Graciela Cutuli

EN ESTE SIGLO, CASCAIS RECIBIÓ A REFUGIADOS DE LAS GUERRAS EUROPEAS.

Cascais al plato

Una visita a Cascais no sería tal sin probar algunas de las especialidades de la cocina portuguesa que hacen famosa a la ciudad. Vale la pena recordar que esta cocina recibió durante años la influencia del resto de Europa, de Oriente y de Africa, y que por lo tanto la combinación de sabores y especias la convierte en una experiencia única. Tanto si la opción es una taberna popular como un restaurante de mejor nivel se podrán probar sardinas a la parrilla con pimientos y papas (acompañar con vino tinto), sopa de pescado, lenguado, bacalao seco, arroz de mariscos, langosta a la parrilla o cangrejos estofados. Es útil entonces conocer los horarios portugueses: generalmente el almuerzo es entre las 12 y las 14 (más temprano que sus vecinos españoles) y la cena, a partir de las 19.30. Desde ya, todo debe ir acompañado de un buen vino portugués (conviene asesorarse con los expertos del local) y para la sobremesa, qué mejor que un buen oporto bien dulzón. A Cascais se puede llegar en tren desde Lisboa. El trayecto dura media hora. Si no, hay buenos accesos por ruta.

Graciela Cutuli



EXTREMO DE LA CIUDADELA QUE VIGILA ESTA BAHÍA DE LA "COSTA DE ESTORIL".

Graciela Cutuli



FLORIDOS BALCONES Y TÍPICOS AZULEJOS ADORNAN ANTIGUAS FACHADAS.

ADORES CERCA DE LISBOA

o de los reyes

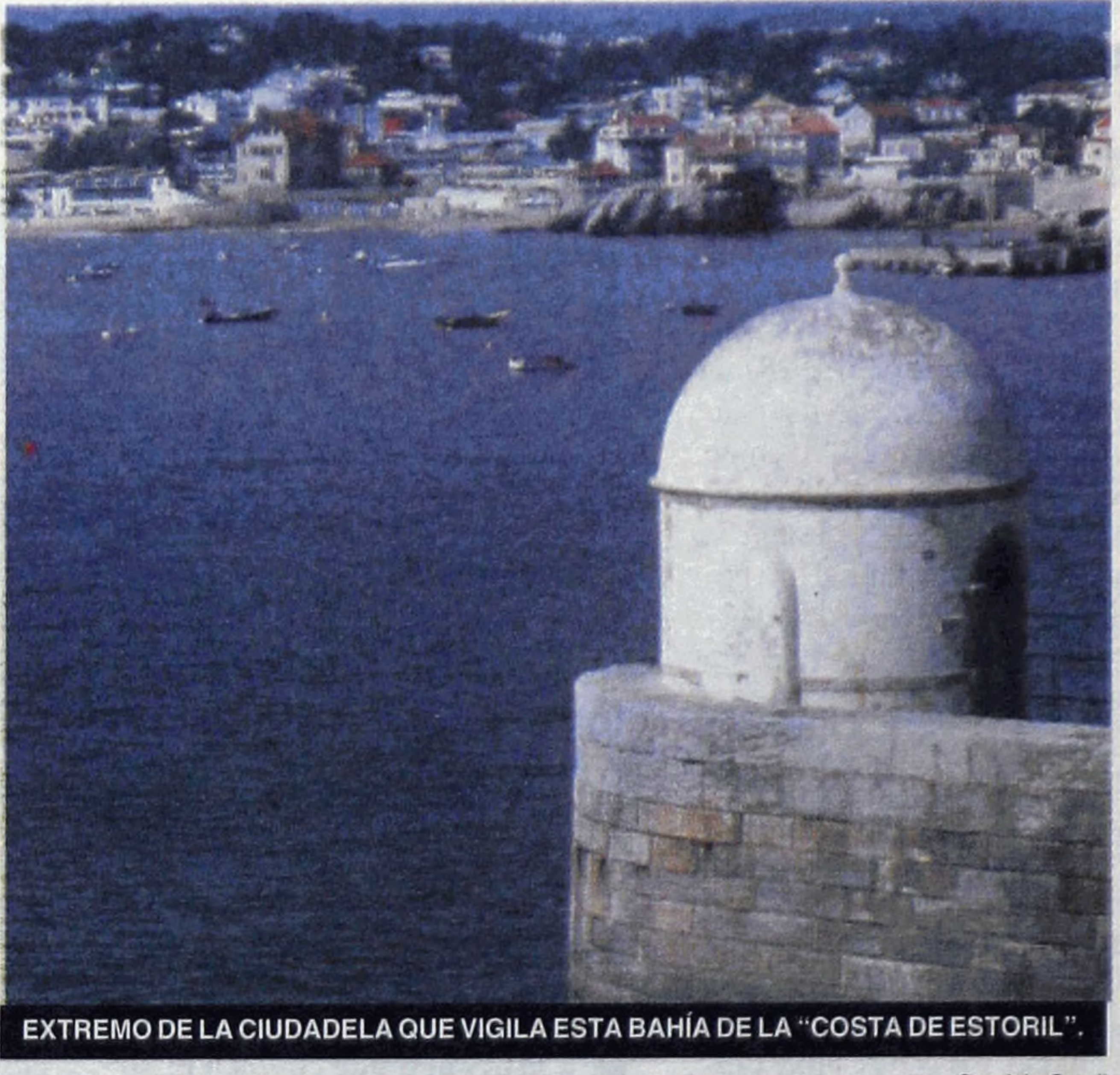
Graciela Cutuli


JESA Y SU CORTE PASABAN LOS FINES DE SEMANA.

Cascais al plato

Una visita a Cascais no sería tal sin probar algunas de las especialidades de la cocina portuguesa que hacen famosa a la ciudad. Vale la pena recordar que esta cocina recibió durante años la influencia del resto de Europa, de Oriente y de Africa, y que por lo tanto la combinación de sabores y especias la convierte en una experiencia única. Tanto si la opción es una taberna popular como un restaurante de mejor nivel se podrán probar sardinas a la parrilla con pimientos y papas (acompañar con vino tinto), sopa de pescado, lenguado, bacalao seco, arroz de mariscos, langosta a la parrilla o cangrejos estofados. Es útil entonces conocer los horarios portugueses: generalmente el almuerzo es entre las 12 y las 14 (más temprano que sus vecinos españoles) y la cena, a partir de las 19.30. Desde ya, todo debe ir acompañado de un buen vino portugués (conviene asesorarse con los expertos del local) y para la sobremesa, qué mejor que un buen oporto bien dulzón. A Cascais se puede llegar en tren desde Lisboa. El trayecto dura media hora. Si no, hay buenos accesos por ruta.

Graciela Cutuli


EXTREMO DE LA CIUDADELA QUE VIGILA ESTA BAHÍA DE LA "COSTA DE ESTORIL".

Graciela Cutuli


FLORIDOS BALCONES Y TÍPICOS AZULEJOS ADORNAN ANTIGUAS FACHADAS.

tidianas que hacen casi olvidar que Cascais fue en el pasado la primera tierra que los navegantes veían al regresar a Portugal, la ansiada tierra natal después de sus aventuras y desventuras en los mares. Pero también era la última tierra que veían cuando partían rumbo a los misterios de Africa y Brasil... Esta situación estratégica convirtió a Cascais en una de las primeras localidades portuguesas que tuvo un faro (ubicado donde hoy está el faro da Guia). Muchos de los recuerdos de este pasado marítimo se pueden apreciar hoy en el Museo del Mar, que cuenta la tradición navegante y pesquera de la comunidad local, pero a la vez apunta a la preservación y el estudio de un patrimonio regional muy amplio e importante. El Museo tiene cuatro sectores: Historia (ictiología, ornitología, paleontología y otras salas), Etnología (donde se puede aprender cómo se vestían los pescadores portugueses, además de admirar modelos de barcos), Arqueología Subacuática y la Historia de los Naufragios Marítimos (una especialidad para los buscadores de tesoros, ya que aquí se habla de los tesoros recuperados en la costa de Cascais, pero también en el estuario del Tajo).

El otro lugar símbolo de Cascais es la Ciudadela, que aunque sigue siendo usada para fines militares –ya que tiene una ubicación inmejorable frente al mar– tiene también hermosos jardines abiertos al público, donde se exhibe una pequeña colección de artillería.

Uno de los momentos más agradables es justamente el paseo que bordea la costa desde esta Ciudadela, con su austera masa que vigila las aguas, hacia el este, rumbo a la costa del centro de la ciudad. Los acantilados sobre los que fue levantada la Ciudadela están a una altura tal que ofrecen una vista general de toda la costa –conocida como "Costa de Oro" o "Costa de Estoril"– hacia Estoril y los confines de Lisboa. El punto máximo de curvatura de esta línea costera se da precisamente en Cascais.

El paseo sigue escaleras abajo hacia el "puerto": en realidad, una playa de arena lo suficiente grande –entre todas las playas de arena que se esconden entre los acantilados– como para poder albergar a todas las lanchas de pesca de la ciudad. Como en los siglos pasados, al regresar de pesca en el estuario o en el mar abierto, las lanchas son arrastradas hacia la playa por el propio pescador, ayudado por un par de colegas. Pero siempre quedan sobre la arena algunos barcos que ya volvieron o no salieron de pesca: bajo los rayos del sol, sus coloridos motivos y sus imaginativos nombres son una de las mejores fotos que se puede conservar de la ciudad. Sobre el paseo y la plaza que hace de muelle, bordeando la playa, se amontonan redes y equipos de pesca de altura. Hay que abrirse camino entre el laberinto que forman estos aparejos para seguir caminando a lo largo de la costa y no perderse sobre el diseño caprichoso que forman los acantilados frente al mar. Pero vale bien la pena, porque de vez en cuando aparece, escondida entre rocas coronada de casas antiguas, algunaplayita escondida, a la que se llega por pequeñas escaleras que flanquean las escarpadas rocas. También aparecen de vez en cuando algunas plazoletas que dominan el mar, y donde no faltan mesas instaladas por algún café vecino. Mejor que en las plazas del centro de la ciudad, frente al puerto se puede tomar el pulso del Cascais alejado de las multitudes, que se quedan muchas veces regateando souvenirs sobre el muelle, o en los negocios de la calle peatonal del centro. Allí, frente al mar, a la sombra de antiguas casas, mientras la vista se pierde en el horizonte hacia Lisboa, se entiende bien por qué Cascais fue una playa de reyes.

Polonesa heroica

El territorio de Polonia es uno de los más extensos de Europa Central. Situado a orillas del mar Báltico, tiene una población de 38 millones de habitantes, de los cuales, un millón y medio viven en Varsovia. Gran parte de la capital polaca fue destruida durante la Segunda Guerra Mundial y la población judía –un tercio del total– fue exterminada por la ocupación alemana. Los nazis convirtieron el barrio Nalewki, habitado mayoritariamente por judíos, en un gueto que arrasaron en 1943, después del trágico levantamiento. Al finalizar la guerra comenzaron los trabajos de reconstrucción de este barrio, que hoy es una zona residencial, y de las otras zonas de la ciudad. En la moderna Varsovia se encuentran muchos lugares históricos que fueron restaurados meticulosamente, como la Plaza del Mercado –flanqueada por antiguos edificios, algunos medievales– y la Catedral de San Juan, del siglo XIV, que se encuentran en la Ciudad Vieja, declarada Patrimonio de la Humanidad por la Unesco. El mes próximo empieza el otoño europeo, quizá la mejor época para visitar Varsovia. En septiembre y octubre la música inunda la ciudad durante el Festival de Música Contemporánea y las Jornadas de Jazz en los que participan compositores e intérpretes de todo el mundo. En octubre empieza el Concurso Internacional de Piano Chopin, en el que se consagraron, entre otros virtuosos, Vladimir Ashkenazy y Martha Argerich. En este concurso, que se celebra quinquenalmente desde 1927, sólo se interpreta música de Frederic Chopin, uno de los hijos dilectos de esta ciudad, donde también nacieron y vivieron Marie Curie, Arthur Rubinstein, los escritores Isaac Bashevis Singer y Joseph Conrad, Roman Polanski y el Papa Juan Pablo II.

CRONICA DE UN PASEO POR LA CAPITAL DE POLONIA

Noche y día en Varsovia

Entre manifestaciones y recorridos turísticos, un periodista inglés describe los contrastes de la actual vida cotidiana en Varsovia. El centro antiguo, el cementerio judío, y la noche polaca impregnada de vodka.

The Guardian de Gran Bretaña

Por Sam Wollaston
Desde Varsovia

La procesión marchaba a lo largo de Aleje Ujazdowskie hacia el Parlamento. Una fila de policías –jóvenes, nerviosos y armados hasta los dientes– bloqueaban el paso. Alguien tiró un tomate, pero pasó por encima del policía y se estrelló en el pavimento frente al edificio gris del Parlamento. Los sentimientos estaban encendidos, pero era una manifestación bastante pacífica. Un hombre de pelo gris con bigote estaba parado en la parte de atrás de un camión y pronunciando lo que parecía ser un discurso apasionado. Luego otro hombre se levantó y pronunció otro discurso, más liviano, lleno de chistes. Dos mujeres de mediana edad, ambas redondas y sonrientes, cantaban. Estaban unidos en una causa, cualquiera que fuese. Eran gente del campo en la ciudad para quejarse sobre algo, que probablemente se refería a no recibir suficientes zlotis, pero solamente más tarde supe que lo que molestaba eran los cambios en la legislación sobre la importación de granos.

Estos campesinos eran hombres con rostros tristes y dignos que parecían haber sido modelados con la tierra polaca. Había unas pocas mujeres, algunas con los vestidos típicos, pero la manifestación era masculina en su mayor parte. Y, salvo unas pocas excepciones, usaban bigote. El "look" Walesa no está totalmente muerto en Polonia.

La manifestación era mucho más entretenida que mi gira por el Palacio Laziensdi, donde el guía más aburrido del mundo hablaba tan monótonamente que era imposible prestarle atención a una sola palabra (yo apenas entendí que un rey llamado Stanislaw había vivido ahí). Cuando una mujer furiosa me gritó por sentarme en un mueble del siglo XVIII, decidí que era hora de buscar un café para beber un té con ron y comer un elaborado helado. Lindo parque, sin embargo, con un gran lago.

La gente va a hacer turismo al antiguo centro de la ciudad, de manera que ahí voy. En realidad, la vieja ciudad no es tan vieja; fue destruida durante la segunda guerra mundial, pero la volvieron a construir como era en el siglo XVII. El centro es la Vieja Plaza, rodeada por altas casas de comerciantes, pintadas de diferentes colores. Las antiguas plazas generalmente incluyen palomas, arte malo, cafés caros y mendigos, y Varsovia no es una excepción. Pero es muy linda. Una niña pequeña toca Bach en su cello y un par de chicos pícaros, uno cantando y el otro tocando el acordeón, hacen algo folklórico. Bajé hasta el río Wisla, más parecido a un río de campo que a uno de ciudad. Le quise decir al viejo hombre que estaba tratando de pescar unos peces pequeñitos para ponerlos en una bolsa de plástico, sobre los peces en el lago del parque Lazienki, pero mi polaco no daba para tanto. Lo único que sabía decir era "¿Qué queremos? Más zlotis. ¿Cuándo los queremos? Ahora". Pero no me parecía lo más apropiado.

EN LA CIUDAD VIEJA, LOS EDIFICIOS RECONSTRUIDOS DEL SIGLO XVII.

Ignorando el hecho que era Sabat, me dirigí al cementerio judío. Caminé durante horas a lo largo de anchos caminos flanqueados por edificios de hormigón gris con ventanas pequeñas. A medida que uno sale del centro, se va poniendo progresivamente más triste: es como caminar hacia atrás en el tiempo. Hasta los automóviles cambian. De Fords y Volkswagens nuevos a Ladas y Trabants. Y los negocios de la ruta venden desde joyas de ámbar y remeras Nike hasta zapatos y hongos. Los hongos son grandes en Polonia. Cuando llegué, el cementerio estaba cerrado. A través de la abertura del portón pude ver cientos de locuras góticas y tumbas con árboles. Más de 250.000 personas están enterradas ahí, entre ellas Ludwig Amenhot, el inventor del esperanto. Tomé el ómnibus de regreso a la ciudad, lo que me tomó cuatro minutos. Los omnibuses polacos, los articulados y los bajos monstruos amarillos, son muy buenos. Y tienen excelentes tranvías, aunque nunca encontré uno que fuera donde yo quería ir.

Una salida de noche en Varsovia inevitablemente significa cantidades industriales de vodka, de manera que no puedo contar cómo fue la mía. Sé que comenzó con champiñones y carne de venado, pero luego las cosas se enturbiaron. En determinado momento era un club llamado Piekarnia, en algún lugar de los suburbios. La política musical de Piekarnia es más bien abierta: salsa, techno, prog rock, jungle... el único disco que el discjockey no pudo encontrar fue *Fiebre del Sábado por la Noche*, porque alguien lo había robado. Cuando se encendieron las luces estroboscópicas, convirtiendo mi vida en un giro de flashes con vodka, entendí por qué todos los que estaban en la pista de baile usaban anteojos de sol. Luego estuve en un lugar llamado Barbados, donde según la guía van los nuevos jóvenes ricos de Varsovia. La guía tenía razón, todo era Gucci, George Michael y glamour. Muy distante de la gente folklórica con las caras arrugadas con quienes había marchado en el Parlamento.

Traducción: Celita Doyhambéhère

Berlinka, el mejor tranvía

Existen distintos medios de transporte para recorrer la capital polaca y sus alrededores. Para desplazarse por la ciudad, el viajero encontrará en la completísima *Guía Visual de Varsovia* que editó Aguilar, todas las variantes que incluyen, por supuesto, los históricos tranvías. Pese a que en las horas pico rebasan de pasajeros –como casi todos los medios de transporte en casi todo el mundo– sigue siendo una de las formas más rápidas para trasladarse entre los distintos puntos de interés. Para los turistas, la guía recomienda un paseo en el tranvía Berlinka que circula los días sábados, domingos y feriados y recorre los barrios y las principales calles de la ciudad, atravesando puentes y plazas. Los tranvías no circulan de noche, pero sí lo hacen los típicos autobuses de color rojo y amarillo que llegan a todos los barrios y también a los alrededores de Varsovia.

NEUQUEN: UNA VILLA ENTRE LAGOS Y MONTAÑAS

Bajo el volcán mapuche

A orillas del lago Aluminé está Villa Pehuenia, un pequeño pueblo ubicado al pie del volcán Batea Mahuida, cerca de la frontera con Chile. Un lugar muy visitado por extranjeros en pleno corazón de los Andes neuquinos.

Dicen las estadísticas que cada año son más los turistas extranjeros que llegan al país. Dicen también que la Patagonia es una de las regiones preferidas de los viajeros, especialmente europeos, quienes muchas veces "descubren" lugares poco visitados por los propios argentinos. La zona Pehuenia de Neuquén es uno de esos sitios enclavados en el espectacular paisaje de la cordillera y los lagos del sur donde es frecuente escuchar amables saludos como "bon jour", "Guten tag" o "good morning".

Villa Pehuenia es un pequeño pueblo al pie del volcán Batea Mahuida con callecitas que suben y bajan donde pareciera que la naturaleza no ahorró ningún recurso escenográfico. Está situada en la margen norte del Lago Aluminé, a 115 km. al oeste de Zapala (Rutas Nacionales N°22 y Provincial N°13) y se llega por una ruta de ripio y montaña que cruza el Parque de Nieve Primeros Pinos, cuyo nombre por sí solo invita a una caminata por sus bosques.

En la villa todo luce radiante y puro, desde las laderas nevadas de la cordillera, la transparencia del lago y el verde perfecto de la vegetación. Es un centro turístico en expansión en una zona cordillerana que aún no ha perdido su clima bucólico.

El nombre de esta zona se debe a la dominante presencia de la araucaria, árboles de hasta 40 metros, algunos centenarios, cuyo fruto el Pehuén –una energética fruta seca– ha servido durante siglos a los nativos del lugar como alimento. Y ya que hablamos de nativos, es bueno señalar que 28.000 hectáreas permanecen bajo el control de los indios mapuches. En estas reservas, se preservan las tradiciones indígenas y se celebran las Nguillatunes (ceremonias) por la comunidad, la fortuna de las cosechas y la unión familiar. Los mapuches han desarrollado una producción artesanal importante de tejidos, ponchos y trabajos en cerámica que se venden en el Centro Comunitario de Villa Pehuenia, ubicado en la Ruta 13.

LA CUMBRE NEVADA DEL VOLCÁN BATEA MAHUIDA EN LA REGIÓN MAPUCHE.

Deporte y aire puro

Desde hace muy poco tiempo se ha comenzado a practicar el esquí en las laderas del volcán Batea Mahuida. Allí hay dos pistas de 50 km. cada una que en los meses de julio, agosto y septiembre convoca a expertos y novatos esquiadores. Se puede esquiar abonando $10 por persona, a los que se deben agregar otros $5 por el uso de las poomas, tal es el nombre que se le da al medio de transporte que permite subir a la cima del volcán.

También ahí, se puede alquilar motos de nieve a $40 o practicar trekking entre montañas y bosques de araucarias, o en las dos lagunas enclavadas en el volcán. Un consejo: si va a realizar este paseo hágalo acompañado por los baqueanos o guías del lugar, a quienes puede contactar en la Comisión de Fomento.

La transparencia y poca profundidad de los ríos, arroyos y lagos –Aluminé, Moquehué, Ñorquinco, Rucachoroi, Pulmarí y Litrán– son cualidades ideales para la pesca de la trucha, que abunda entre octubre y diciembre. También se puede pescar otras variedades como el fontinalis, arco iris y percas de boca chica y grande. En algunos de esos afluentes, algunos prefieren deportes más activos como el canoaje o la bajada en gomón o kayac.

La región de Pehuenia se vincula con el sur de Chile por pasos internacionales. Los principales son: el Paso Icalma, a 12 km de la villa, el Pino Hachado, a 41 km, y el Paso del Arco. Estos caminos cordilleranos se pueden transitar a pie o en una travesía a caballo. Para gente más ciudadana, están las camionetas 4x4.

Informe: Carlos Mariotti.

Guía de servicios

Cómo llegar: en micros de línea que salgan desde Retiro hacia Neuquén capital. Una vez allí hay micros y combis que lo llevaran hasta Pehuenia, que está a unos 300 km. de la capital provincial. El pasaje de ida cuesta alrededor de $40 y el viaje son alrededor de 16 horas hasta Neuquén y unas 4 horas más hasta la villa. En avión se va hasta Neuquén capital o hasta Chapelco y desde allí a Pehuenia, en ómnibus o camioneta.

Dónde hospedarse: en cabañas u hosterías. Una cabaña para 4 personas cuesta entre $80 y $100 por día.

Dónde informarse: en La Casa de la Provincia de Neuquén, T.E: (01) 3269265/0433/6385. Dirección Provincial de Turismo (Neuquén Capital), T.E: (099) 424089/423268/423386.Informes Turísticos (V.Pehuenia), T.E: (0942) 98011.

NOTICIERO

Entre polcas y tarantelas

Del 4 al 12 de septiembre se celebrará en la ciudad de Oberá, Misiones, la Fiesta Nacional del Inmigrante, en la que participarán catorce colectividades de diversos países europeos y latinoamericanos. Una buena oportunidad para viajar a la roja tierra misionera y disfrutar de la música, cantos y bailes, sabores y colores de la gente que cruzó océanos y atravesó montañas para llegar a nuestro país... y se quedó para siempre.

Agentes viajeros

Mañana lunes se realizará en Buenos Aires la reunión anual de los agentes latinoamericanos de Travel Ace International. Es la primera vez que tiene lugar en la Argentina y también es el primero que se realiza desde que el Grupo IMAS (International Medical Assistance Services) tomó posesión de la compañía a comienzos de año. IMAS presta servicios de Asistencia Integral al Viajero, Alta Complejidad Médica y Segunda Opinión Médica Internacional a más de dos millones de personas.

Frente al mar...

Ya se abrió la inscripción para el II Festival Villa Gesell de la Canción que se realizará en febrero del '99. Las bases para participar se pueden retirar en la Dirección de Cultura de la Municipalidad de Villa Gesell, Tel: (0255) 6-2513 o en la Casa de Villa Gesell, Bmé. Mitre 1702, Capital.

UN RECORRIDO LITERARIO POR LOS CINCO CONTINENTES

El escritor errante y sus hoteles

En el hotel Raffles de Singapur, Joseph Conrad concibió la idea de Lord Jim. En una pensión suiza, Tolstoi empezó a escribir su primer relato de crítica social. Y en su libro "Hoteles Literarios", Nathalie de Saint Phalle construye un viaje imaginario siguiendo los rutas reales de escritores por el mundo.

Por Nathalie de Saint Phalle*

EL Raffles (de Singapur) es un mito, "magic" dice Bowie, y bajo las palas de sus ventiladores habría que pasar las páginas de todos los libros que se desarrollan en él y de todos los relatos escritos entre sus muros por los escritores-viajeros, Kipling, Conrad, Hesse, Malraux, convertidos en pilares del templo de los aventureros del Lejano Oriente. Las *suites* llevan sus nombres, pero ¿durmieron realmente en ellas? Kipling: 107, Conrad: 119, Hesse: 112, Malraux: 116, Maugham: 120, James Michener: 114, Noel Coward: 121...



KIPLING, CONRAD, HESSE, MALRAUX, SE ALOJARON EN EL RAFFLES HOTEL DE SINGAPUR.

Acaso tantas citas evasivas hayan desvirtuado la imagen del Raffles. Para Somerset Maugham, "resume por sí solo todos los mitos del sureste asiático" o "todas las fábulas del Oriente exótico"; e insistió: "Existen numerosos Ritz, Excelsior, Mandarín... pero no hay sino un Raffles". Que haya escrito allí, en 1919, su novela *El embrujado* o haya vivido más adelante, en 1921, en la habitación 78 y después en 1925, "embrujado" por el lugar, inspirándose en las maledicencias y escándalos de la isla para escribir sus cuentos, no es esencial, se pensará que el Raffles embruja. Cuarenta años después Maugham, que había acabado por crearse enemigos en Singapur, hablaba aún del Raffles en *Purely for Pleasure*.

Malraux, que vivió en el hotel hacia 1922, regresó a Singapur treinta años después. En la Embajada de Francia, donde estaba instalado, vio ir hacia él al barón de Clappique, a quien había convertido en personaje de novela... "Vive en el hotel Raffles, donde yo viví en tiempos, y a donde iré a verlo después de cenar. Es anticuario, pero ha trabajado de nuevo en Hollywood después de la guerra (...) El Raffles ha cambiado mucho, pero sigue existiendo su patio rodeado de habitaciones con puertas de vaivén. En el centro del jardincillo, las mesas del bar. Clappique me espera delante de un whisky, bajo una recta palmera". Hablaron de aventureros, naturalmente. De Kipling y Conrad, pasados por aquí, y de Rimbaud. "El aventurero es un personaje del siglo XIX, que se desborda sobre el XVIII en las Indias y en parte sobre el XX. El mito Rimbaud se aleja –Rimbaud, espantoso, dice Clappique–. ¡Encerrémoslo bajo siete llaves! ¡Cuarenta mil francos en oro en el cinturón! ¡Regresa para casarse! Un aventurero es, ante todo, soltero. Y además, no ahorra dinero para regresar a Europa. ¡Un aventurero interesado es un loco!", refiere Malraux en sus *Antimemorias*.

Joseph Conrad, antes de morir en 1924, también se interrogó sobre el futuro de los aventureros... "¿Y los aventureros? Los que uno encuentra en diversos lugares de sobra conocidos, pero a quienes uno sorprende también –con frecuencia andrajosos, desalentados, a veces macilentos, pero exaltados por la aventura– en los más inesperados rincones...". Enumera las diferentes categorías para llegar a los auténticos viajeros, "los que describieron libros y fueron los adelantados de nuestros viajeros modernos", entre ellos "un personaje que yergue con toda su talla: Marco Polo". Pero el tiempo de las expediciones heroicas ya pasó, con el siglo XX hemos entrado en la era de lo trivial... "Siempre habrá una dama o un caballero de la mejor sociedad para lanzarse a bombo y platillos a descubrir una parcela de territorio –aunque sólo tuviera una superficie de una docena de kilómetros cuadrados– idéntica en todo a la comarca circundante y ya explorada (...). Pero semejante juego pierde su interés, y en breve tendrá que cesar...". Sin embargo, "a medida que los misterios de nuestro planeta se han disipado, nuestra curiosidad ha cambiado de tono, se ha hecho más sutil", escribe, y es tranquilizante leer la descripción que hace el viajero moderno, tumbado en una veranda, interrogándose, en el umbral de Asia, "sobre la verdad última de los viajes", lleno de matices y despegado de las "vanas especulaciones sobre el futuro de las naciones"...



TEMPLO EN SINGAPUR. EL "EXÓTICO" ORIENTE ATRAJO A ESCRITORES Y AVENTUREROS.

Para Somerset Maugham, (el Raffles Hotel) "resume por sí solo todos los mitos del sureste asiático" o "todas las fábulas del Oriente exótico."

Conrad fue, en 1897, el primero de los aventureros del Raffles. Escribió allí parte de *Tifón* y se le ocurrió la idea de *Lord Jim*... Por ello a Ernst Jünger no le extraña encontrar, entre las fotos y los recortes de prensa fijados en la pared, su retrato firmado "Lord Jim", y no Conrad." Está claro que Conrad –escribió–, como cualquier autor, debe también ocultar en sí el fondo oscuro que describe". Observa que Hermann Hesse pasó allí 11 días en 1911. Llevaba en la maleta su *Viaje a Oriente*... ese viaje que pasa inexorablemente por el Raffles.

Tolstoi en Lucerna, Suiza

Verano de 1857. Tolstoi se encuentra en Lucerna con sus dos "tías abuelas", sus queridas "babuchkas". Instalado a orillas del lago en el mejor hotel, el Schweizerhof, lo impresiona la extraordinaria vista desde su ventana... "Quedé deslumbrado por la belleza del lago, de las montañas y del cielo... En aquel momento sentí la necesidad de estrechar a alguien en mis brazos, de hacerle cosquillas, de pellizcarle, en una palabra: de hacer algo extraordinario... El lago, azul como un mar de azufre inflamado, cruzado en todas direcciones por barcas que semejaban unos puntitos...". El hotel lleno de turistas ingleses, en rebaño, comiendo, bebiendo y sin ver nada ni pensar en nada, enfría su ardor... "Las blanquísimas manos cubiertas de anillos se mueven sólo para arreglar los cuellos, cortar la carne y escanciar vino en las copas; pero esos movimientos no reflejaban ninguna emoción anímica... Al principio traté de entablar conversación con mis vecinos; pero las únicas respuestas que obtuve fueron unas frases que, sin duda, se repiten miles de veces en el mismo sitio y siempre con la misma expresión".



LUCERNA, SUIZA. AQUÍ VIVIÓ ALEJANDRO DUMAS Y TOLSTOI PASÓ EL VERANO DE 1857.

Una noche, oye a un tirolés cantando con mucha gracia y alegría ante las ventanas del hotel, rasgueando la guitarra. A su alrededor se forma un círculo de criados con librea, porteros, camareros, mezclados con los transeúntes. Los clientes del hotel aparecen en los balcones. Finalizadas sus canciones el artista pasa la gorra hasta tres veces sin que nadie le eche ni una sola moneda. Da las gracias triste y cortésmente y se marcha renqueando, entre las carcajadas de los presentes. Tolstoi, oprimido por un penoso sentimiento, le da alcance y lo invita a beber una botella de vino en el hotel. "Me invadió una gran amargura. Estaba avergonzado por aquel hombrecillo, por la gente y por mí mismo. Era como si hubiera sido yo quien había pedido dinero y del que se habían reído". Cuando penetran en el vestíbulo del Schweizerhof, un camarero los invita a entrar, no en un salón sino en una pieza reservada para el uso del personal y donde una criada jorobada fregaba vasos. En vez de aceptar el vino común que les ofrecen, Tolstoi responde, altanero, que desea "¡champaña de la mejor calidad!". Instantes después, mientras el tirolés le cuenta su vida, un portero va a sentarse a su mesa y los observa burlón. Indignado, Tolstoi lo obliga a levantarse y a acompañarlos esta vez hasta el gran salón, que no puede estar cerrado... "¿Por qué nos han pasado a esta sala y no a aquella otra? ¿Eh? ¿Acaso no somos iguales en un hotel, desde el momento en que pagamos?... ¡Es repugnante esa república de ustedes!...".

Al día siguiente Tolstoi dejó el hotel y se mudó a una buhardilla de la pensión Damann, rodeada de viñas y melocotoneros. A orillas del lago, y de nuevo en paz, se puso a escribir su primer relato de crítica social, *Lucerna*, en forma de diario de un viajero, que comienza con estas palabras... "8 de julio. Anoche llegué a Lucerna y me hospedé en el Schweizerhof, el mejor hotel de aquí".

* *Hoteles literarios. Viaje alrededor de la Tierra. Editorial Alfaguara. Madrid, España, 1993.*